



trasladó con sus dos hijos á París, en donde fué puesto en prision. Entónces el condado de Flándes fué confiscado como feudo vacante, y reunido á los dominios de la corona.

Alentado con estos resultados, Felipe el Hermoso no dudó comprometerse en una lucha abierta con el papa Bonifacio VIII. Ya en diversas ocasiones habia violado los derechos y privilegios del clero de su reino, exigiendo el quinto de todos sus bienes muebles é inmuebles, prohibiendo la exportacion del oro y plata de su reino, para privar á la Santa Sede de los auxilios pecuniarios que la enviaba el clero de todos los países, y poniendo en prision al obispo de Pamiers, enviado por el papa en calidad de legado. Bonifacio VIII se quejó de estas violencias en una bula; pero el rey la hizo quemar públicamente, y entónces el papa creyó necesario recordarle solemnemente los principios que formaban la base del derecho públi-

co en la edad media, y así lo hizo en la célebre bula *Unam sanctam*; pero Felipe el Hermoso, por toda respuesta, convocó en París una asamblea de los Estados, é hizo que uno de sus consejeros, Guillermo de Nogaret, leyese una acusacion contra el papa, á quien hizo declarar culpable de simonía y herejía. Bonifacio se preparaba desde Anagni á contestar á este acto tan inaudito excomulgando al rey, cuando fué hecho prisionero por Nogaret, que auxiliado de tropas mercenarias acababa de apoderarse de la poblacion. El papa fué ultrajado, y aunque los habitantes de Anagni le arrancaron del poder de sus perseguidores, murió algunas semanas despues á la edad de ochenta y seis años. La muerte de Bonifacio VIII, á la que siguió de cerca la traslacion de la silla pontifical á Aviñon, marca el principio de un nuevo periodo en la historia de la edad media.



### CAPÍTULO II

**Desde la muerte de Bonifacio VIII hasta el nacimiento del protestantismo (1303-1517).—El imperio alemán y la Santa Sede desde Rodolfo de Habsburgo hasta el concilio de Constanza (1273-1414).—La Alemania y la Italia hasta la muerte de Enrique VII (1273-1313).**

La Alemania, sumida en la anarquía desde la caída de la casa de Hoheustaufen, sufrió cambios importantes en su organizacion interior. La mayor parte de los vasallos de la corona se habian hecho soberanos hereditarios é independientes en los ducados y condados que poseian á título de feudos, y hasta tal punto se habia debilitado el lazo de feudalismo que les ligaba á los emperadores, que éstos no podian ya hacer respetar su autoridad. La separacion política de Italia y la falta de vigor en la accion de los soberanos pontifices, contribuyeron tambien á disminuir el poder imperial. Entónces los emperadores se vieron en la necesidad de buscar otro apoyo, y le hallaron en el engrandecimiento de sus posesiones de familia, tendiendo de este modo á trasformar la monarquía feudal en monarquía territorial. Pero como los príncipes del imperio tenían que ocupasen el trono emperadores demasiado poderosos, negaban sus votos á los hijos de los emperadores reinantes, y eligieron sucesivamente señores que tenían posesiones poco extensas. Éstos, adoptando la política de sus predecesores, se esforzaron en engrandecer sus dominios, y de aquí vino la rivalidad de cierto número de familias señoriales, entre las que se distinguen las de Habsburgo, Luxemburgo y Baviera. La de Luxemburgo ocupó el trono de Alemania durante casi un siglo, y despues fué reemplazada por la de Habsburgo, que acabó por triunfar de

sus rivales cuando reunió bajo su dominio Austria, Bélgica y España, y Carlos V se hizo árbitro de Europa.

La unidad política de Alemania, debilitada por el grande interregno que habia habido, hubiera desaparecido á la muerte de Ricardo de Cornuailles sin la Santa Sede. El papa Gregorio X indujo al arzobispo Werner de Maguncia á que convocase á los príncipes á una asamblea electoral, y ésta, que se reunió en Francofort sin la asistencia del rey de Bohemia Otakar II y del duque Enrique de Baviera, eligió emperador al conde suizo Rodolfo de Habsburgo, conocido por su piedad sincera, su valor y su lealtad. Despues de su coronacion en Aix-la-Chapelle, en la que para el acto de la investidura fué preciso servirse de un crucifijo por no parecer el cetro imperial, el nuevo emperador obligó al duque de Baviera y al rey de Bohemia, que se negaban á reconocerle, á recibir de sus manos la investidura de los feudos que poseian de la corona. Otakar II tomó de nuevo las armas, y murió en una batalla que dió cerca de Viena contra el emperador, que entónces, con el consentimiento de los príncipes alemanes, invistió á sus propios hijos Alberto y Rodolfo con los feudos de Austria, Stiria y Carniol, y dió la Carinthia al duque del Tirol.

De esta manera Rodolfo de Habsburgo afirmó su autoridad y fundó la grandeza de su



casa, restableció la tranquilidad de Alemania destruyendo los castillos de muchos señores que vivían del pillaje, y sostuvo también su autoridad en el reino de Arlés, cuya posesión deseaba Felipe el Hermoso; pero murió sin haber recibido en Roma la diadema imperial y sin haber logrado asegurar la corona a su primogénito Alberto.

El poderío de la casa de Habsburgo inspiraba recelos a los príncipes electores, y el arzobispo Gerardo de Maguncia se aprovechó de ello para hacer elegir a su primo el conde Adolfo de Nassau. El nuevo emperador se vio obligado a aumentar los privilegios de los príncipes del imperio; pero luego que compró el ducado de Turingia y de Meissen, que el duque Alberto lo había vendido con perjuicio de los hijos habidos en su primer matrimonio, los príncipes alemanes le depusieron y eligieron en su lugar a Alberto de Austria. Adolfo murió en la batalla que en Gellheim libró contra su rival. Alberto era ambicioso y violento, y no pensaba más que en aumentar sus posesiones de familia; pero todas sus tentativas se frustraron, porque el conde de Hainaut, Juan de Avesnes, sostuvo sus derechos sobre los condados de Holanda, Zelanda y Frisia, que el emperador reclamaba a título de feudos vacantes; los hijos del duque de Turingia y de Meissen defendieron contra él la herencia de su padre; la Bohemia, cuya corona había obtenido para su hijo Rodolfo, se le escapó de entre las manos después de la muerte del joven príncipe, a quien los señores del reino dieron por sucesor al conde Enrique de Carinthia, y el Franco-Condado, antiguo feudo del imperio, fue incorporado a la Francia a consecuencia del matrimonio de la hija del conde Odon, heredera de este país, con un hijo de Felipe el Hermoso. Queriendo el emperador Alberto mantener su autoridad sobre algunas comarcas de la Suiza, que intentaban sustraerse a su dominio, su sobrino Juan, privado por él de la herencia paterna y de acuerdo con algunos señores suizos, tramó una conspiración y le asesinó.

Después de la muerte de Alberto, los príncipes del imperio no pudieron ponerse de acuerdo en la elección de un sucesor; algunos se in-

clinaban en favor de Carlos de Valois, hijo de Felipe el Hermoso, pero el arzobispo de Maguncia Pedro Aichspalter hizo nombrar a Enrique, conde de Luxemburgo, señor de carácter generoso y caballeresco, pero que no poseía extensos dominios. El nuevo emperador trabajó con actividad en el restablecimiento de la autoridad imperial en Alemania, y tuvo la dicha de ver coronados sus esfuerzos por un feliz resultado. Una parte de la nobleza de Bohemia, rehusando reconocer a Enrique de Carinthia, ofreció a Juan, hijo del emperador, la corona del reino con la mano de la princesa Isabel, hija segunda del rey Wenceslao II. Para debilitar el poder de los condes de Habsburgo, Enrique VII libertó de su autoridad a los habitantes de algunas comarcas de la Suiza, y después, cediendo a las instancias del papa Clemente V, que había trasladado su silla de Roma a Aviñon, pasó a Italia con el objeto de restablecer allí la autoridad imperial.

Grandes cambios habían tenido lugar en Italia después de la caída de la casa de Hohenstaufen, y del advenimiento al trono de Nápoles de la dinastía francesa de Anjou. La guerra civil continuaba en Lombardía entre las ciudades güelfas y las gibelinas, por más que estos nombres habían perdido su primitiva significación, y representaban ahora los dos partidos políticos que se disputaban el poder. Las constituciones comunales de la mayor parte de las ciudades, habían sufrido, por consiguiente, una completa transformación, y algunas familias ricas y poderosas que habían adquirido una influencia preponderante, terminaron por apoderarse del gobierno, invistiéndose los jefes de ellas con el poder supremo, cuyo ejercicio en un principio estuvo limitado a algunos años, después se hizo vitalicio, y por último, trataron de hacerle hereditario en su familia; de manera, que poco a poco principiaron a formarse principados hereditarios en las ciudades, que hasta entonces habían sido verdaderas repúblicas. Sin embargo, las luchas intestinas no cesaron en la mayor parte de estas ciudades: la nobleza, que formaba el partido gibelino, considerado como extranjero ó alemán, apoyaba a ciertas familias contra otras,



sostenidas por el pueblo que constituía el partido güelfo, considerado como nacional ó italiano. En Milan, la familia Visconti, que estaba a la cabeza del partido gibelino, disputaba la autoridad de podestá a los della Torre, jefes del partido güelfo; y los reyes de Nápoles se aprovecharon de estas discordias, para extender su dominio sobre la Lombardía y la Toscana, siéndoles conferida por los mismos soberanos pontífices la dignidad de vicarios imperiales, con el objeto de poner término a estas guerras. Sin embargo, esta medida no dió el resultado apetecido, y cuando Clemente V trasladó la silla papal de Roma a Aviñon, la anarquía era completa en Italia.

El emperador Enrique VII, llamado por el voto unánime de todos los partidos, llegó entonces a Italia, y recibió la corona lombarda en Milan. Nombró a Mathieu Visconti vicario imperial de la Lombardía, y marchó sobre Roma, en donde el partido güelfo, sostenido por los Orsini y por el rey Roberto de Nápoles, luchaba contra el partido gibelino, mandado por los Colonnas. Enrique recibió la diadema imperial de manos de un legado del papa, pero no llegó a expulsar a los napolitanos, que se habían apoderado de parte de la ciudad de Roma. Pensando hacer la conquista del reino de Nápoles, se alió con Federico, gobernador aragones de Sicilia, y con los genoveses y pisanos, y dió a su hijo Juan, rey de Bohemia, el encargo de reunir un grueso ejército en Alemania. Pero murió de repente en medio de estos preparativos, y su muerte fue seguida de una guerra entre los pretendientes del imperio, circunstancia que ayudó a los suizos a sustraerse de la autoridad de los condes de Habsburgo.

Algunos han supuesto que Enrique VII murió envenenado con una hostia consagrada; pero esto es una fábula inventada por el partido gibelino para hacer odiosos a los güelfos.

La gran lucha del emperador Federico II contra la Santa Sede, que removió tan profundamente el mundo católico, había también producido grandes disturbios en los tranquilos valles de la Suiza. La familia de los condes de Habsburgo era una de las más poderosas de

este país, y tanto más, cuanto que ella ejercía hereditariamente la jurisdicción imperial en el condado de Argovia, que comprendía el Norte y Centro de la Suiza. En la primera mitad del siglo XIII se había dividido esta familia en dos ramas: la principal, que conservó la dignidad hereditaria de los condes de Argovia; y la segunda, que heredó las posesiones de las comarcas de Schwytz, de Uri y de Unterwalden. Esta última abrazó la causa de la Santa Sede contra el emperador Federico, que fue sostenido por la rama principal, por las dos ciudades de Zurich y de Lucerna, y por una parte de los habitantes de Schwytz y de Unterwalden. El emperador, con el fin de debilitar el poder de los condes de Habsburgo de la rama segunda, eximió a los habitantes de Schwytz de la jurisdicción de estos señores.

Sin embargo, esta medida no se llevó a efecto, y los condes de Habsburgo se mantuvieron en posesión de sus derechos. Rodolfo, que pertenecía a la rama principal de los condes de Habsburgo, electo emperador de Alemania, dió a la ciudad de Lucerna los privilegios que gozaban las ciudades libres del imperio.

Después de la muerte de Rodolfo de Habsburgo, los habitantes de Schwytz, de Unterwalden y de Uri, hicieron una nueva tentativa para sustraerse de la autoridad señorial de los condes de Habsburgo. Se reunieron en confederación y se arrogaron el derecho de nombrar por sí mismos los magistrados encargados del ejercicio de la jurisdicción: la ciudad de Zurich había hecho otro tanto algunos meses antes. Pero Alberto de Austria obligó a los tres cantones, como también a la ciudad de Zurich, a que reconocieran su autoridad a pesar de la carta de libertad otorgada por el emperador Adalberto de Nassau a los habitantes de Schwytz y de Uri. Nada cambió en la Suiza durante el reinado de Alberto de Austria.

La muerte del emperador Alberto de Austria fue la señal de una insurrección que estalló en los tres cantones de Schwytz, de Uri y de Unterwalden contra los condados de Habsburgo.

Para debilitar el poder de la familia de Habsburgo, Enrique VII otorgó entonces a los habitantes de estos cantones una carta por



la que eximia á la vez de la jurisdiccion señorial los condados de Habsburgo y del que estos señores ejercian en nombre del emperador en su calidad de condes de Argovia. Les permitió que eligieran por sí mismos los magistrados encargados de la ínfima jurisdiccion, y nombró un juez imperial para que ejerciera allí la suprema jurisdiccion. Federico y Leopoldo, hijos mayores del emperador Alberto, no hicieron nada por mantener su elevada autoridad en la Suiza, en tanto que reinó Enrique VII. Pero habiendo sido Federico elegido emperador, despues de la muerte de Enrique VII, su hermano Leopoldo se alió con algunos señores de la Suiza y marchó contra los tres cantones y les atacó cerca de Morgatan; pero fué completamente derrotado. Esta victoria consolidó la confederacion suiza, cuya constitucion fué confirmada por el emperador Luis de Baviera, y en la que entraron sucesivamente varios otros cantones con la mayor parte de las ciudades libres imperiales del país. Lucerna, Zurich, Glaris y Berna formaban tambien parte hácia mediados del siglo XIV, y á fines del mismo siglo estaba la confederacion en estado de resistir con éxito á las armas de la casa de Austria, que reconocieron la independencia de la confederacion helvética por un tratado concluido con ella.

La súbita muerte del emperador Enrique VII, impidió á este príncipe asegurar la corona á su hijo Juan de Bohemia.

Los príncipes electores estaban además poco dispuestos á colocar en el trono un soberano cuyo poder hubiera podido contribuir para hacerse independiente. Algunos de éstos dieron sus votos á Federico de Austria, hijo mayor del emperador Alberto, en tanto que el rey de Bohemia hacia nombrar para los demas al duque Luis de la Baja Baviera. La Alemania se dividió, y la guerra entre los dos rivales duró ocho años. Terminó con la batalla de Muhldorf, que ganó Luis IV de Baviera. Federico cayó en manos de su rival y quedó hecho prisionero por espacio de tres años. Luis de Baviera dió entónces á su hijo mayor, Luis, la investidura del margraviato de Brandenburgo, cuya familia señorial no existia ya, y aumentó así el po-

der de su casa. Federico fué puesto en libertad con la condicion de decidir á sus hermanos á que reconocieran á Luis de Baviera; pero no habiéndolo podido conseguir se volvió á la prision. Este acto de legalidad y justicia conmovió al emperador hasta el punto de declarar que deseaba dividir el trono con Federico. Muerto éste á los cinco años despues, siguió Luis VI reinando sólo en Alemania. Pero habia comenzado contra la Iglesia una lucha en la que acabó de sucumbir.

El papa Juan XXII hizo vanos esfuerzos para poner fin á la guerra que desolaba la Alemania, y despues de la batalla de Muhldorf comprometió á Luis de Baviera á que tratára á su rival con toda clemencia. Pero este príncipe, extraviado por sus excesos, rompió toda negociacion con la Santa Sede y mandó socorros al partido gibelino de Italia, que deseaba echar por tierra la autoridad pontificia en Roma y en todos los Estados Romanos. Tomó además bajo su proteccion una parte de la Orden de los Franciscanos, cuyas doctrinas habian sido condenadas por la Santa Sede. El papa lanzó entónces la excomunion contra Luis de Baviera, y éste contestó con un manifiesto, en el que acusaba á Juan XXII de hereje, y sostenia que la autoridad imperial procedia directamente de Dios, y que por consiguiente estaba sobre el papa. Sin embargo, el rey Roberto de Nápoles, de comun acuerdo con las dos ciudades de los güelfos, Florencia y Génova, se encargó de defender la causa del papa en Italia. Los gibelinos, que tenían por jefe á Mateo de Visconti, podestá de Milan, llamaron en su ayuda á Luis de Baviera. Este príncipe pasó los Alpes al frente de un ejército y se hizo coronar rey de Lombardía en Milan. De aquí marchó á Roma, donde pronunció la deposicion del papa Juan XXII y dió la tiara á un franciscano cismático, Pedro Corbario, que tomó el nombre de Nicolas V. Pero al saber éstos que se acercaba el rey de Nápoles con un respetable ejército, huyeron de Roma.

De regreso á Alemania, Luis de Baviera entró en negociaciones con el papa: el anti-papa se fué á Aviñon y se reconcilió con la Iglesia. Sin embargo, la reconciliacion del emperador con la Santa Sede no pudo realizarse tan pron-



to, á causa de la influencia que la política francesa ejercia en la córte pontificia establecida en Aviñon, y despues porque el emperador, á instancias de los franciscanos cismáticos, usurpaba abiertamente los derechos de la Iglesia. Así que declaró levantadas las censuras eclesiásticas con que habia sido conminado, anuló el matrimonio de Margarita, heredera del Tirol, con Juan Enrique, hijo del rey de Bohemia, y dispensó del parentesco á su hijo mayor Luis, para que pudiera casarse con esta princesa divorciada.

Fué excomulgado nuevamente por Benedicto XII y por su sucesor Clemente VII, y se vió abandonado por su principal partidario el rey Juan de Bohemia. Los príncipes de Alemania le depusieron al fin y ofrecieron la corona á Carlos de Moravia, hijo mayor del rey de Bohemia. Luis murió súbitamente cuando se estaba preparando para ir contra su rival.

La casa de Luxemburgo volvió á ocupar el trono de Alemania con Carlos IV para conservar durante un siglo. Desgraciadamente, este príncipe no estaba en estado de elevar la autoridad imperial, abatida con las violencias de Luis de Baviera. Los príncipes alemanes se habian hecho soberanos independientes en sus estados. Carlos IV confirmó en esta soberanía á siete príncipes, que se llamaron príncipes electores, y tenían únicamente el derecho de nombrar el rey; eran éstos los tres arzobispos de Maguncia, de Colonia y de Tréveris, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandenburgo y el conde Palatino del Rin: el manifiesto imperial, llamado *Bula de oro*, que reglamentaba la eleccion de los emperadores, fué adoptado por los príncipes en una dieta convocada en Metz.

Carlos IV trabajó inútilmente en restablecer su autoridad en Italia, y en hacer volver al papa á Roma, pero fué más afortunado cuando se ocupó en aumentar sus posesiones de familia, porque por medio de un tratado de sucesion que hizo con el margrave Oton de Brandenburgo, reunió este país á su cetro, y por otro tratado celebrado con el duque de Austria preparó la reunion de gran parte de sus estados á los de la casa de Luxemburgo.

La Bohemia en el reinado de Carlos IV llegó á un alto grado de prosperidad y Praga llegó á ser una de las más hermosas ciudades de Europa, y el asiento de una universidad. Antes de morir Carlos IV, repartió sus estados entre sus tres hijos, dejando á su primogénito Wenceslao, reconocido ya como rey de Alemania, la Bohemia y la Moravia; á Segismundo, que era el segundo, el Brandenburgo, y á Juan, que era el tercero, la Lusacia, que á la muerte de este último fué de nuevo reunida á la Bohemia.

Wenceslao, hijo primogénito de Carlos IV, no poseia ninguna de las cualidades necesarias para gobernar el imperio; tenia un carácter indolente, tiránico y cruel, hasta el punto de que hizo arrojar al rio Moldan á San Juan Nepomuceno, confesor de la emperatriz, porque se negó á violar el secreto de la confesion; casi nunca salió de la Bohemia, y la autoridad imperial que apénas era ya respetada cayó en un verdadero desprecio durante el reinado de este príncipe, al que con razon se ha llamado el Perezoso. Los príncipes alemanes se aprovecharon de estas circunstancias para extender y consolidar su poder, y entónces estallaron numerosas guerras entre las ciudades libres imperiales y los señoríos. Las antiguas ligas tomaron más extension y se formaron otras nuevas, puesto que á ejemplo de la confederacion helvética y de la liga romana, las ciudades de la Suabia y de la Alsacia se constituyeron en confederacion para resistir á los condes y señores del medio día de Alemania, y los señores á su vez formaron tambien asociaciones, á las que dieron el nombre de las armas del que era jefe de ellas; tales fueron las asociaciones del Leon de San Jorge y de la Estrella. Wenceslao se limitó á negociar con estas ligas y á ajustar algunas treguas de corta duracion entre las ciudades y los señores; pero no pudo evitar la guerra entre los duques de Austria y los suizos, ni la de las ciudades de Suabia contra el valiente conde Herardo de Wurtemberg, que alcanzó sobre ellas una brillante victoria cerca de Döffingen. Wenceslao se hizo tan odioso por sus costumbres disolutas y por sus crueldades, que los bohemios se sublevaron contra él y fué hecho prisionero por su hermano Segismundo, que habia